

LIBROS CRÍTICAS

ENSAYO

El libro que te quita el sueño

POR ANTONIO CALVO ROY

Decía Emil Cioran que "el insomnio es una lucidez vertiginosa que convertiría el paraíso en un lugar de tortura". Una familia italiana lleva allí varias generaciones, un lugar frecuentado también por el filósofo y escritor rumano. Este libro es la historia de una familia que sufre insomnio familiar fatal (IFF), una enfermedad que es una maldición. Hacia los 50 años, un día, sufren sudoración, se les contraen las pupilas, tienen calambres, a las mujeres les llega la menopausia de golpe, los varones quedan impotentes, pero, sobre todo, dejan de dormir. Duran unos 15 meses en ese infierno y llevan así, al menos, dos siglos, desde un remoto antepasado veneciano. En el siglo XX murieron 30 miembros de la familia de esta enfermedad. "Una de las primeras cosas que aprende a hacer el cerebro es apagar el cuerpo", lo que ocurre en el tercer mes de embarazo, dice D. T. Max, el autor, periodista de *The New Yorker*. Esta rarísima enfermedad, causada por priones, olvida ese aprendizaje. Los priones, proteínas que actúan como virus, son también responsables de enfermedades que dejan el cerebro como un queso gruyer, como la de Creutzfeldt-Jakob, más conocida como de las vacas locas, y sus diversas variantes, entre ellas el *kuru*, la enfermedad de los caníbales de Papúa-Nueva Guinea. Averiguar que la causa eran los priones le valió un Nobel a Stanley Prusiner en 1997. Tras la enfermedad, viajó durante cinco años el autor de este libro, de Venecia a los antiguos caníbales de la tribu de los fore, de las ovejas con tembladera a las vacas locas británicas. Max rastrea la enfermedad y a los enfermos en un ensayo que parece una novela y que nos lleva cerca de los que sufren y de quienes padecen viendo a sus seres queridos morir, literalmente, de sueño. Y nos acerca también a quienes investigan tratando de evitar —de momento, sin éxito— ese inconmensurable dolor de no dormir. Y es que no poder dormir



es una verdadera maldición, como bien sabía Sancho Panza: "Solo entiendo que en tanto que duermo ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos".

La familia que no podía dormir
D. T. Max. Traducción de M. L. Rodríguez Tapia. Libros del KO, 2018
380 páginas. 23,90 euros



La escritora y periodista Lucía Ramis, en Barcelona. JOAN SÁNCHEZ

NARRATIVA

Fantasmas y ladrones

Lucía Ramis ofrece en *Las posesiones* una brillante y lúcida lectura sobre la decadencia, los miedos, la muerte y el olvido que le valió el Premi Llibres Anagrama

POR CARLOS ZANÓN

Con la versión en catalán de este libro, Lucía Ramis (Palma, 1977) ganó el Premi Llibres Anagrama de Novela de este año. Ramis es también autora de *Cosas que te pasan en Barcelona cuando tienes 30 años* (2008), *Egosurfing* (2010) y *Todo lo que una tarde murió con las bicicletas* (2013).

El planteamiento de *Las posesiones* se sostiene en un tono narrativo tanto rápido e inteligente como de una gran densidad sensorial y poder evocativo. Lees a alguien que entra en su propio domicilio sabiendo que, en su ausencia, se han materializado fantasmas y colado ladrones. Pero, a pesar de eso, entra. Miedo en el salto más que miedo a saltar. Porque la protagonista se ve impelida a actuar, acepta comportarse como una adulta ante quien no lo ha sido hasta ahora. Además de ese tono cuenta esta novela con la voz de la narradora, trahuntada de la propia escritora, que sirve de vehículo eficaz para explicar qué pasa y no sólo lo que le pasa —que también—. Ramis es aquí brillante en muchas cosas. En el uso del lenguaje cuando queda atrapada en la nostalgia que acaba por pudrirse. En el aroma de un Houellebecq bien leído y asimilado, tanto en su desorden como en el nihilismo aceptado pero inaceptable, por ejemplo. O especialmente en la construcción de escenas, saltando de tramoya en tramoya que ella hace invisibles, de una manera talentosa. Todo está en todo y ella lo lee así. Se descubre lúcida y vulnerable en esa lectura de la realidad sobre la decadencia, los miedos, la muerte, el olvido y en que los mismos lazos que te sostienen acaban ahogándote. Puede ser profunda sin apabullarte, en el desarrollo de lo, para ella, literario.

La narradora ha de viajar de Barcelona —donde trabaja de periodista— a Palma ante las noticias preocupantes de su padre, que parece haber perdido la sensatez y mutado en una suerte de héroe desesperado que só-

lo tiene fe, escasas fuerzas y, quizás, una causa justa. Ese hilo argumental genera una reflexión y una evidencia sobre el terror a la decadencia, a la memoria, hacia lo que somos o creímos ser: personas construidas a partir del recuerdo tanto como los hechos que dan pie a la memoria y la imposibilidad de regresar a unos y a otros. Junto a esa trama que permite a Ramis realizar una excelente mirada —en ocasiones despiadada pero nunca gratuita— a las relaciones familiares y sentimentales, a la burguesía ensimismada, a la pasión que te resucita también te colapsa, gangrena y amputa, le permite edificar personajes —el padre, su amante y mentor y, especialmente, la madre— verosímiles, con matices y diálogos impecables. Todo ello sobre el tapiz de la sospecha, la corrupción, las adicciones, los secretos y las mentiras y un esqueleto estructural de suceso truculento en el pasado del socio del abuelo de la protagonista.

Es posible que el libro adolezca de un exceso de velocidad en el último tercio así como demasiadas subtramas que no tienen la penalización de que estén mal resueltas, sino en que quizás no fuera necesaria la resolución de todas. Sólo el talento de Ramis evita que el coche se nos salga en alguna curva y haya alguna rotura seria de motor. La escritora no pierde el control ni nos aburre en ningún momento escribiendo sobre un mundo con héroes fuera de época, cansados y derrotados que luchan contra gigantes cuando creían que eran molinos de viento, ya sea un vecino y su muro, el periodismo o el amor. Libro amargo en el que lo máximo que uno puede esperar es, en la caída, no hacerlo en muy mala posición, que alguien te recuerde, pague tus facturas y descubra tus secretos.

Las posesiones / Les possessions
Lucía Ramis. Libros del Asteroide / Llibres Anagrama, 2018. 224 páginas / 240 páginas. 19,95 euros / 17,90 euros

NARRATIVA

Héroes de vida perra

POR JUSTO NAVARRO

Doble secuestro: Negro, el héroe y narrador de *Los perros duros no bailan*, la nueva novela de Arturo Pérez-Reverte, investiga la desaparición de Teo —su mejor amigo antes de que los separara una pelirroja— y Boris el guapo. Negro es un cruce de mastín español y fila brasileño; Teo, un sabueso rodesiano, y Boris, un lebrél ruso, estrella de las exposiciones caninas. Son perros los personajes de esta fábula negra, pero comparten temple y carácter con los humanos que participan en las aventuras de Alatraste, Falcó o la narcotraficante de *La reina del Sur*. Negro no moraliza, actúa: el gesto oportuno en el momento oportuno. Sus antepasados pelearon en el circo romano y despedazaron a bárbaros, indios y cimarrones: "Los perros somos lo que los amos hacen de nosotros, héroes o criminales". Lo encontramos envejecido, con "el alma llena de costurones", boxeador sonado. Ha sobrevivido a dos años de peleas a muerte en los reñideros de perros.

Como Falcó o Alatraste, el nuevo héroe de Arturo Pérez-Reverte es, en apariencia, fiel a su amo, aunque sólo pelee por sí mismo, como confiesa en la primera línea de la novela, y por sus amigos, individualista feroz. Se gobierna por los valores de la épica: audacia, astucia, valentía, amistad, lealtad. "Un perro no es más que una lealtad en busca de una causa... hasta el sacrificio y la muerte". Los perros de Pérez-Reverte repiten los esquemas heroicos de sus personajes principales. Y si alguno se parece a los canes codiciosos, perezosos y aprovechados de las fábulas de Esopo, en general se atienen a la sentencia de Samaniego: "Un perro infiel, ingrato, / no merece ser perro sino gato".

No son perros habladores como los perros de Cervantes, Berganza y Cipión, admirados ellos mismos del portento de oírse pronunciar palabra: ladran, gruñen y rugen en castellano, alguna vez con acento francés, mexicano o argentino, e incluso

parafrasean al canciller López de Ayala ("Pensando yo en la vida de este mundo mortal / que es poca y peligrosa"), o citan las películas caninas de Disney. Su mundo es muy humano, en torno a algo parecido a un bar, el Abrevadero, desagüe de una destilería de anís, administrado por una cantinera porteña —una boyera de Flandes, nada menos, feminista—, desde donde las indagaciones de Negro nos acercarán a tipos y lugares de la novela criminal: de las casas de los perros bien a los bajos fondos; de los chuchos de mala vida a los sobornables perros policía de la comisaría del barrio o de antinarcóticos; del cuartel general de la reina del tráfico de huesos, Tequila, una xoloitzcuintle mexicana escoltada por una tropa de matones colmilludos, a la Cañada Negra, el infierno exterminador de las peleas de perros.

Este mundo canino nos es familiar: perros de raza y perros sin papeles, carne de perrera e inyección letal; perros inmigrantes y perros neonazis con la esvástica en el collar; perros cobardes y perros valientes. La serie negra tiende a la impertinencia y Negro avisa, aprovechándose de su condición de cánido: a los animales "nadie nos exige ser políticamente correctos... somos seres irracionales... los perros somos machistas, oiga". Arturo Pérez-Reverte mueve sus piezas de siempre con su dominio habitual y conduce a Negro a la Cañada Negra, al rescate de sus amigos. Lo esperan, duelo de gladiadores o de pistoleros en el Salvaje Oeste, tres choques, los tres obstáculos de los cuentos de hadas, cada vez más difíciles como en un videojuego, hasta el desenlace poco esperado de la pelea final.

Los perros duros no bailan

Arturo Pérez-Reverte

Alfaguara, 2018

162 páginas. 16,90 euros